

**Omar Cruz**

***palabras  
para un  
adiós***

un canto a la vida



# *Palabras para un adiós*



Esto es un conjunto de pensamientos y palabras que el destino  
no nos permite la oportunidad de expresar.  
El gran misterio de la muerte es algo que jamás podremos entender  
por más que tratemos de hacerlo.

Cualquier parecido con la realidad, no es mi problema...

---



“Jamás me sentiré huérfano con unos padres brillando en el cielo”.

Omar Cruz

## **PALABRAS PARA UN ADIÓS**

© Omar Cruz

un canto a la vida

Esta publicación está autorizada por su autor  
para ser impresa, fotocopiada y usada masivamente,  
siempre y cuando no se altere el contenido de la obra.

Textos, diseño gráfico, ilustraciones y fotos: Omar Cruz

Primera y única edición

Agosto 2004

Segunda edición con modificaciones de Mayo, Junio y Julio 2015

Correo electrónico

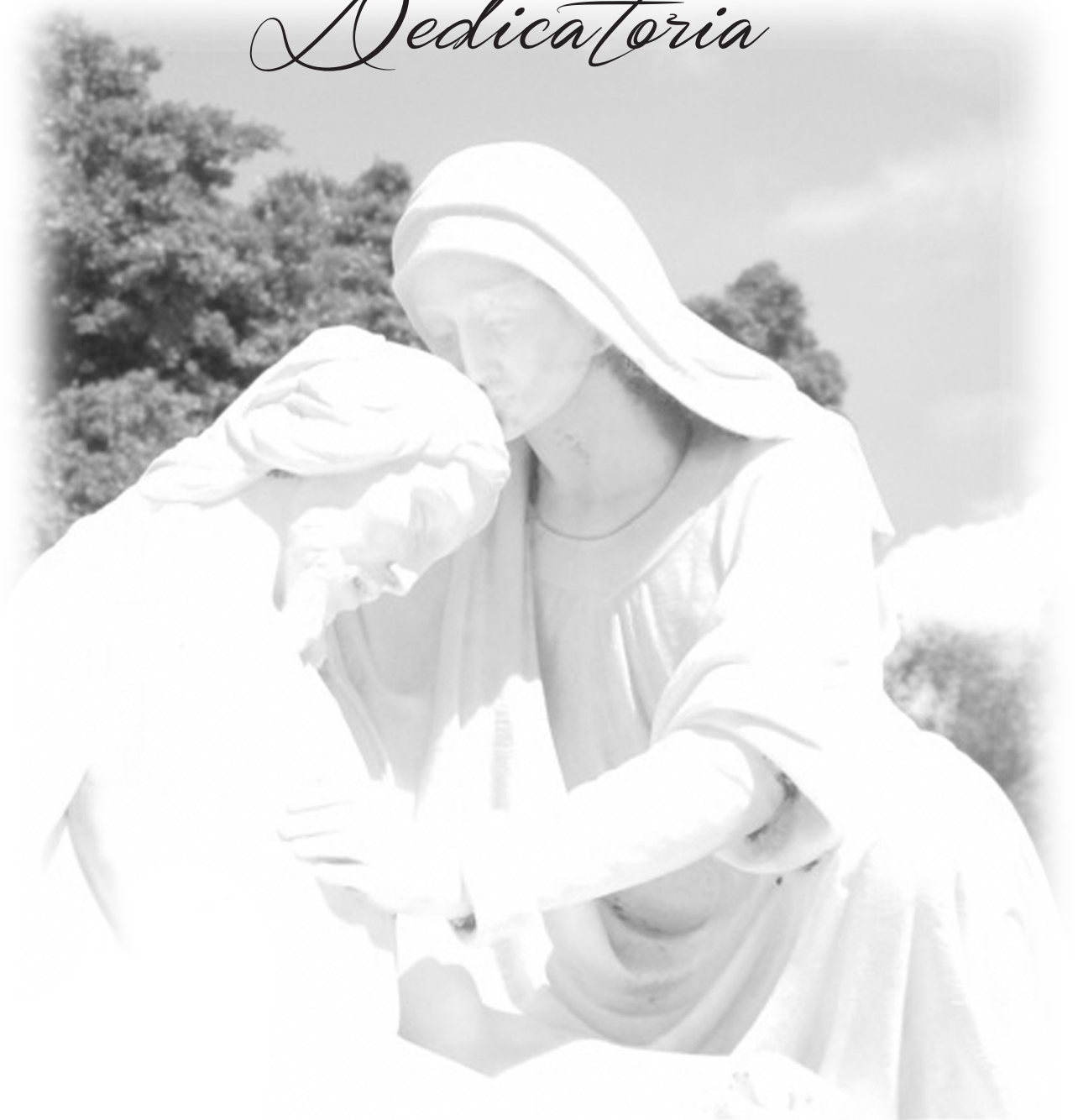
[elranchitocruz@hotmail.com](mailto:elranchitocruz@hotmail.com)

[www.omarcruzarte.com](http://www.omarcruzarte.com)

Instagram [@omarcruzart](https://www.instagram.com/omarcruzart)

Hecho en la República Bolivariana de Venezuela

# Pedicatoria



A mi espíritu, alma y energía.

a mi padre, por su resignación y fortaleza ante la mujer de crespones negros.

a mi madre, por esa promesa de estar juntos de nuevo y por la sorprendente fortaleza de vivir para sus hijos hasta lo infinito.

a Lorena (ángel de mi familia).

a los amigos que ahora están en otro cuerpo y en otros espacios.

a Manuel Antonio Quintana, Freddy Fernández, Oswaldo Villanueva y Jesús Pacheco

a Papá Fuchs por haberme inspirado este trabajo.

a todo aquel que ha perdido un ser querido.

a la vida misma, por dejarme escribir todo esto.

...a la muerte, por permitirme seguir viviendo, a pesar de estar ausente.



# Introducción

*la vida  
nunca  
muere*

...mueren los cuerpos que andaron por senderos oscuros  
y que no buscaron una luz para cambiar sus caminos.  
La vida es sembrar la semilla de la inmortalidad.

Yo hice el intento, espero haber pasado la prueba.

“Volverás al suelo porque de él fuiste tomado.  
Porque polvo eres y a polvo volverás.”

**Dios**  
(El Creador)

“Venid a mí todos los que estéis cansados y desamparados  
que yo os haré descansar.”

**Jesús**  
(El Salvador)

“Mis enemigos abusaron de vuestra credibilidad y hollaron lo que me es más sagrado:  
mi reputación y mi amor por la libertad.  
He sido víctima de mis perseguidores, que me han conducido al sepulcro.  
Yo los perdono...  
Mis últimos votos son para la felicidad de la patria.  
Si mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se consolide la unión,  
yo bajaré tranquilo al sepulcro”.

**Simón Bolívar**  
(El Libertador)

“La vida es lo que te pasa mientras estás ocupado haciendo planes”.

**John Lennon**

(El Rebelde)

“En cualquier lugar que nos sorprenda la muerte, bienvenida sea,  
siempre que ése, nuestro grito de guerra, haya llegado hasta un oído receptivo”.

**Ernesto “Che” Guevara**

(El Guerrillero)

“Si callo para siempre, no me llores recuérdame siempre, en mi canto vivo con alegría,  
no haces nada con llorar ni con rezos, ni con flores.  
En la tierra siempre se muere y la lucha es pan de cada día,  
quizás un grito en mi garganta no sea más con vida, pero vive”.

**Alí Primera**

(El Cantor)

“Mañana puedo desaparecer en el tren que va hacia las estrellas,  
pero no estoy triste, ni amargado, ni desamparado.  
No tengo rabia ni odio. Siempre viví en emergencia.  
Renuncié a las galerías, a los museos, a los críticos y a todo ese circo,  
sólo por la palabra libertad, aunque esa libertad me costara  
más de la mitad de mi corazón.”

**Juan Loyola**

(El Ciudadano)

“Cuando muera seré un recuerdo, una estrella, una nube, un árbol o lo que quieras.  
Siempre y cuando haya logrado ser un buen hombre mientras viví podré partir tranquilo  
sabiendo que ocuparé un lugar en algún corazón  
y mi obra como artista me dará el derecho de ser eterno.”

**Omar Cruz**

(El Búho)

**F**ue de repente, como siempre suele suceder en estos casos, la muerte tocó a mi puerta de la manera más sorpresiva e injusta.

Aquel 11 de julio de 1997, el día me parecía más extraño que cualquier otro. Decía y hacía cosas que quizá nunca había dicho o hecho. Me encontré con amigos que tenía tiempo sin ver y hasta sentía sombras pasar cerca de mí.

Héctor llegó a decirme; *“Compadre, usted está hoy muy extraño, ¿como que se está despidiendo?, ¡déjese de esas cosas!”*

Betty me abrazaba a cada momento y también notó que estaba distinto; *“te siento muy tenso hoy mi cielo, ¿qué te pasa?”*, me preguntaba ella con ternura. Nada cariño, siento algo raro, pero tranquila, eso se me pasa...”

***El día estaba por terminar, cuando de repente  
sentí un dolor inmenso que me desplomó para siempre***

El impacto contra el piso no fue tan doloroso como la presión que se apoderó de mi pecho. Aquello parecía como quedar atrapado en las puertas de un ascensor que me presionaba lentamente hasta partirme en dos.

Una extraña picazón recorrió mi cuerpo como electricidad haciendo que el dolor se extendiera aceleradamente en mi brazo izquierdo, hombro y espalda. La respiración se me complicó y mis pulpones colapsaron.



Sentía una soga en mi garganta hasta que finalmente una especie de explosión generalizada me fulminó.

Caí en una especie de sueño profundo, como una levitación. Mis pulsaciones fueron lentamente desapareciendo, Ya no sentía dolor y todo lo veía lejos, nublado. Estaba totalmente paralizado y una brisa fría movía mi ropa.

Mi cuerpo se iba enfriando. Sentía como fiebre, hirviendo, no sudaba, mas no volvía en mí, seguía inconsciente esperando algún médico, algún milagro, alguna esperanza. Pero nada, todo fue muy rápido.

Algo frío comenzó a recorrer mi cuerpo desde la punta de los pies hasta la cabeza como un hormigueo indetenible. Era mi alma que se desprendía del cuerpo. En ese momento pude abrir los ojos y verme allí tirado. Pálido, inmóvil.

Entonces comencé a tener miedo. Me di cuenta que me estaba muriendo. Todo se puso blanco, como iluminado por una poderosa luz que no reflejaba sombra por ninguna parte. Su forma era extraña... era yo despidiéndome para siempre del mundo entero.

No sé cuánto tiempo estuve así. Hasta que unos llantos y unos gritos me despertaron en un lugar repleto de gente, flores, con sillas en las paredes y yo en el centro.

Estaba inmóvil, con los ojos cerrados, pálido, acostado tan rígido como cuando me paraba delante de mi superior en tiempos del servicio militar. Tenía puesta mi mejor camisa y un rostro que lucía apasible, tranquilo, en paz.

***Era mi urna, mi velorio, mis flores...  
era mi muerte***

Quería levantarme al ver a mi madre sufrir tanto, ella era la que más lloraba, quería consolarla, pero era imposible.

Mis hermanos trataban de darle alivio a aquella viejita que un día me dio la vida, todo era en vano, no quería verla así, yo siempre traté de darle lo mejor, de verla feliz pero le estaba fallando.

*“Por favor mamá, no te sientas triste, ésta es una realidad que debemos soportar. Quiero que te armes de valor y que hoy seas la mujer más fuerte del mundo. Yo nunca haría nada que te hiciera llorar o sufrir, mucho menos morirme. Madre, prométeme que vas a ser fuerte, ¡prométemelo!”*

Quería decirle todo esto, pero era inútil, la muerte implacable no tenía compasión con el dolor, y mi madre seguía llorando.

De repente vino el recuerdo de la primera vez que la vi llorando. Nunca pensé que al morir uno podía ver su propio velorio y menos aún recordar con tanta claridad el día de su nacimiento.

Era el 9 de octubre de 1940, en una fría mañana. Inmediatamente me acordé que el frío me acompañó en el momento de nacer y también se hizo presente el día de mi muerte.

*- ¡Puja!, ¡vamos mujer, sigue pujando que ya viene!*

Le gritaba el doctor a mi madre, y ella obedecía con la esperanza de verme nacer sin problemas.

*- ¡Sálveme a mi hijo, doctor!*

*- Estamos haciendo todo lo posible, mujer.*

El doctor sabía que cualquier cosa podía pasar. El embarazo siempre presentó problemas, el feto, es decir, yo, porque ése fue el primer nombre que me pusieron, presentaba problemas con el cordón umbilical.

*- ¡Puja, que ya lo estoy viendo!*

Sentí los fríos dedos del doctor apretándome la cabeza tratando de sacarme del lugar más seguro que se puede encontrar. Entonces tuve miedo por primera vez.

De golpe sentí un bajón, como quien cae desde lo más alto de una montaña rusa. Me habían desprendido para siempre de mi dulce hogar. Vi la luz del mundo.

*- ¡Mira, es un varoncito!*

*Escuché claramente al doctor cuando me alzó para que mi madre me viera. Luego me encargó con las enfermeras, quienes habilidosamente me limpiaban los restos de líquidos del parto y me cobijaban con una sábana blanca.*

*- Con cuidado señorita, que bastante me costó parir a mi muchacho.*

Escuché la voz de mi madre diferente y nítida porque esta vez me encontraba afuera.

En su vientre siempre la escuchaba cantándome canciones de cuna o haciendo planes para cuando yo naciera.

Una vez medio limpio me pusieron en los brazos de mi madre, aquello fue lo más hermoso que he sentido en mi vida. Al contacto con sus tiernos brazos, ella y yo sentimos una indescriptible alegría que no se describe con palabras.



Estaba feliz aunque yo no paraba de llorar. Fue en ese preciso momento cuando vi a mi madre llorando por primera vez, pero con la diferencia de que esas lágrimas eran de alegría, de triunfo, pues mi madre sentía que le había ganado una a la muerte.

Eran lágrimas de felicidad, y una de esas lágrimas cayó en mi frente, ella la notó, y para evitar que llegara a mis ojos me la secó con un beso. Ese fue el primer beso que me dio mi madre.

En sus brazos, se me quitó el miedo, y comencé a aceptar haber nacido. Acepté haber venido a este mundo de la mano de una mujer a la que siempre le estaré agradecido y por la cual me sentiré eternamente orgulloso.

Esa fue la primera vez que vi a mi madre llorar.

Ahora está aquí en mi caja, apretándola igual como se apretaba su vientre para parirme. Trataba de abrazarme sin poder lograrlo.

En esta oportunidad, lloraba de dolor, ¡dolor de madre!, mi vieja sentía que la muerte le había ganado esta vez, y que no sabía si podría recuperarse de esta gran derrota.

Mis hermanos se acercaban, y a través del cristal recordaban los momentos de infancia, las travesuras de colearnos en carros, de jugar con soldaditos, indios y vaqueros, de las peleas, de la escuela, y de tantos momentos agradables que compartimos durante toda la vida.

Diego, mi hermano mayor, me hablaba como si yo estuviera escuchándolo: *Hermano, parece mentira, tantas cosas que tenías por hacer, y ahora, mírate, estás allí metido en esta caja*

*de madera, sin tu sonrisa y con todos tus planes inconclusos.*

Seguía llegando gente, nunca pensé que vendrían tantas personas a verme. Familiares viajaron desde diferentes partes del país para concentrarse alrededor de mi cuerpo.

Primos y tíos que tenía tiempo sin ver, estaban allí, cumpliendo con su deber de sangre.

Amigos y compañeros de trabajo se abrazaban con dolor por el hecho de verme tendido en esta caja.

Oswaldo y Antonio, dos de mis mejores amigos, no se apartaba de mi lado, estaban atento a mi madre que no paraba de llorar. Pedro, mi otro hermano, estaba con papá, mi viejo que se encontraba en un rincón lleno de lágrimas, preguntas y con el corazón destrozado.

*- Yo estoy más viejo que él, ¿por qué no vino Dios a buscarme a mí? ¿por qué a mi hijo?*

Estas preguntas se las hacía mi padre, sin encontrar respuesta o consuelo, pero mejor fue así, yo no soportaría ver a mis padres en el mismo lugar donde me encuentro ahora, siempre le pedí a Dios morir primero, antes de ver a cualquiera de mis seres queridos así

También recordé la primera vez que vi a papá, fue el mismo día que nací.

A mi madre ya la habían bajado de la sala de partos, era ya de noche y no había visitas, realmente no sé cómo se las ingenió mi padre para entrar hasta la habitación, pero lo logró, mi vieja se quedó sorprendida al verlo.

- ¡José!, ¿cómo hiciste para entrar a esta hora?

- ¡Por ver a mi hijo yo hago lo que sea!

Se abrazaron y después de un beso de amor él se acercó a mi cunita:

- Míralo, ¿verdad que es bello nuestro hijo?

- ¡Claro!, estoy tan feliz, que no sé si pueda cargarlo, se me puede caer de la emoción y allí sí es verdad.

Mi padre se limitó a inclinarse un poco, suavemente me besó y me dio la bendición. Su voz me era tan familiar.

Días antes ponía su oreja en la barriga de mi madre simulando escucharme y me decía cosas de hombres que hacían reír a mi madre, a veces me contaba cuentos hermosos o me pedía que lo pateara en su mano.

Papá siempre estuvo conmigo, siendo amigo consejero desde el vientre y ahora también estaba allí, en un rincón recibiendo pésames y consuelos que no necesitaba, me quería vivo.

Los abrazos de los dolientes no cesaban, las manos en el hombro como apoyo y resignación eran como una cadena. El sentimiento de culpa, de pérdida, de remordimientos reinaba en el lugar, aquello parecía la muerte de alguien imprescindible, se olvidaron por completo de todos mis defectos, de todos mis errores de todas mis partes negativas, es por eso que lloran tanto, es por eso que no aceptan mi partida. No soy imprescindible, mucho menos inocente.

Y así es; cuando alguien muere vemos sólo sus virtudes, eso hace la despedida más dolorosa. También nos damos cuenta que no lo apreciamos en el momento y que ahora ya no hay nada que hacer.



Mi hijo mayor no se apartaba de la urna, no había consue-  
lo alguno que le hiciera entender que su padre estaba allí  
tirado sin poderle dar uno de los tantos consejos que en  
vida le di.

Me gustaba tanto hablarle, que me dolía no poderle decir  
en este mismo momento: *Hijo, ahora tú llevarás las riendas  
de la casa, tú eres ahora el hombre, ese hombre que formé  
con tanto amor y en el cual confío lo más sagrado; la familia.*

Recordé un momento triste que viví con una familia amiga.  
Aquella frase me quedó grabada cuando el padre se des-  
pidió de su hijo con estas palabras: *“Te enseñé tantas cosas  
hijo, pero jamás te enseñé a soportar mi muerte”.*

Tú, hijo mío, debes seguir por el camino que te enseñé, por  
el camino del bien, del sacrificio, del trabajo y del estudio  
eterno, tú sabes que eso te llevará al éxito, en este mo-  
mento estás llorando por mí, y quizás no escuches estos  
consejos, pero confío en ti, pues sé que vas a salir adelante  
y mi ausencia se convertirá en un motivo para seguir lu-  
chando por sobrevivir en este mundo.

Mi hijo seguía allí parado, tan inmóvil como yo, mirándome  
fijamente con sus ojos perdidos y húmedos, haciéndose  
preguntas sin respuestas, diciéndome cosas que jamás  
pensé escuchar: *Papá, no te vayas, no te das cuenta de que  
aún no he terminado de crecer, ahora es cuando más nece-  
sito de tus consejos, no hay nadie que me escuche ni me ha-  
ble como lo haces tú, papá, por favor abre de nuevo tus ojos  
y mírame como el niño que siempre fui, quiero sentarme de  
nuevo en tus piernas y escuchar un cuento, dormirme y ama-  
necer en mi cama abrigado por ti. Papá, amigo mío, despierta,  
aquí está también mi hermanito, no puedes dejarlo con tan  
sólo doce años, él te necesita más que yo, eres para él como*



*su Dios, ¿no te das cuenta de cómo se le ponen los ojos brillantes cuando te ve?*

Pues sí hijo, sí me doy cuenta, recuerdo con claridad cada vez que llegaba a la casa y él al escuchar la puerta corría para abrazar mis piernas, lo cargaba y lo besaba, era tan maravilloso sentir el cuerpecito de mis hijos apretado con el mío, que entendí el llanto de mis padres.

Hay que tener hijos para saber lo maravilloso que es tener padres, y aún más, ser padre o madre responsable y amoroso es algo indescriptible.

Igual que a papá, el mundo para mí cambió por completo el día que nació mi primer hijo, me olvidé de seguir esa vida desordenada que llevaba y que no me dejaba nada positivo.

Betty cambió mi vida al darme eso hermosos hijos.

Manuel, el mayor, es el que más se parece a mí, de carácter fuerte y serio, ya se graduó de ingeniero metalúrgico, piensa casarse este año, espero que por mi ausencia no atrase los planes, aunque creo que no será así pues él pensará que yo siempre fui muy alegre y no querrá que yo me sienta triste al verlo a él triste.

Raquel, la hembra, me enseñó a entender más a las mujeres. A medida que la iba educando y la miraba crecer valoraba más a mi esposa Betty y a mi madre. Mi hija me enseñó a valorar y respetar a la mujer.

Debo confesar que es la consentida de mi corazón. Recuerdo sus quince años como si fuera ayer, hoy tiene veintidós.



Le preparamos una gran fiesta, estaba tan bella ese día, sus hermanos, su madre y yo tratamos de hacerle inolvidable ese momento, hasta me compré un traje nuevo.

En el momento del baile sentí muchos celos de Richard, su novio, porque después de bailar conmigo yo tenía que cederle el lugar a él, el salón estaba lleno, sentía todas las miradas hacia mí como esperando el momento en que yo le entregara mi hija a un desconocido, cosa que no era así.

Richard era como de la familia, era muy respetuoso y educado, a pesar de su juventud hablábamos de cualquier tema como dos buenos amigos, pero sin embargo así me sentí esa noche.

Mi bella niña se había ido, ahora era toda una señorita. Richard no funcionó, los amores de estudiante de mi hija habían cambiado.



En la universidad conoció a Carlos y tienen planes de casarse aunque no por ahora. Después de la fiesta de sus quince años, esperaba con ansias el momento de verla con su traje de bodas.

Todo padre que ama a su hija, desea verla vestida de blanco, con sus flores en la mano, su sonrisa de felicidad, ¡Y es que mi hija es tan bella!, es idéntica a su madre, tienen los ojos exactos: brillantes y llenos de luz.

Aunque hoy es toda una mujer, para mí siempre será esa hermosa niña de cabello crespo y enredado, de grandes ojos llenos de vida, de suaves y gorditas manitas y de sonrisa inmensa que me llena de vida.

Esta vez no le brillaban sus ojos como siempre. Estaba tan triste que su luz se le había apagado. Parada allí, en mi caja, acariciando el cristal como queriendo tocar mi cabello, me decía mentalmente: *Eres el mejor padre del mundo, ¿por qué te vas mi viejo amigo?*

- No me voy hija, simplemente partí primero. Pero llegará el día... llegará.

Robertico, mi luz, mi hijo de tan sólo 8 años, estaba en aquel salón como perdido al ver tanta gente llorando. Estaba allí consciente de que su padre se había muerto. Es que yo a veces le hablaba de la muerte, yo presentía que me iba a morir primero, así debía ser, y gracias a Dios: así fue. Tenía tanto miedo de dejarlo tan pequeño: *Hijo, yo no estoy dormido, no estoy de viaje, no soy ahora una estrella como te dice tu mami, mucho menos voy a regresar. La muerte, hijo, es la muerte, y eso no lo puede cambiar nadie, ni el consuelo, ni el mejor de los amigos, la muerte es lo más seguro que tenemos, lo más lógico y lo más injusto.*

*A cualquier edad, la muerte es el robo más grande que nos puede hacer el destino, por lo tanto hay que aceptarla. Pero hijo mío, si el cielo existe, le voy a pedir a Dios que me convierta en lucero para iluminar tus pasos y así estar a tu lado siempre.*

Allí estaba mi hijo, sentado, sólo mirando a su alrededor. De repente empezaron a bajar lágrimas por mis mejillas, aunque nadie las notaba, pero me dolía mucho querer abrazar a mi hijo por última vez y no poder apretar su cuerpecito con el mío. Me venían a la mente tantos recuerdos; cuando me dijo por primera vez papá, cuando se cayó y lo llevé corriendo por toda la calle en busca del hospital, cuando jugábamos en el parque, comíamos helados, cuando íbamos a cumpleaños, al cine o a pasear en mi carro que le gustaba tanto.

Todos esos recuerdos me los llevo, y es que viví tantos momentos lindos que podré soportar estar metido en esta caja sólo recordándolos.

Betty lo trajo hasta mí, ella como que escuchó que yo quería tenerlo más cerca. Pídele la bendición a tu papi, y le das un beso, pero no lo vayas a despertar que él trabajó mucho y necesita descansar, le dijo ella con voz cortada. Él la miraba fijamente escuchando lo que le decía su madre, luego se volteó y con un poco de timidez me lanzó un beso.

*- Bendición papá.*





*- Dios te bendiga hijo mío, y si logro convertirme en lucero espero que cuando estés triste o en problemas consigas un poco de tranquilidad con sólo mirar al cielo y sentir que yo estoy allí cuidándote y guiándote por el mejor camino.*

Betty seguía con nuestro hijo en sus brazos, mirando perdidamente la caja que le arrebatava sus sueños y su amor. En silencio bajaban por sus mejillas lágrimas de dolor, para mí, eran las lágrimas más hermosas del salón. Es que ella tiene los ojos tan lindos que aún enrojecidos me parecían los más bellos del mundo.

Betty me iluminaba con su mirada, movía la cabeza como negando lo que estaba viviendo. De golpe se desmayó. Afortunadamente Manuel y Héctor estaban cerca y evitaron que mi esposa cayera al piso. Todo el lugar se enloqueció, tumbaron uno de los candelabros que se volvió nada al estrellarse contra el piso. Héctor gritaba pidiéndole a la gente que se salieran de la sala para que hubiera más aire fresco. Mi hijo Robertico se asustó mucho, fue entonces cuando motivado por el miedo lo vi llorando. Raquel no se apartaba de su mamá y le decía a los que la estaban atendiendo: *¡No me le den más pastillas, por eso es que está así, déjenla tranquila que ese dolor no se lo va a quitar nadie, sólo mi papá!*

Betty cayó en un profundo sueño, aquel repentino desmayo era como un regalo de Dios. Yo sentí que me podía mover, abrí los ojos de nuevo, aún estaba dentro de la caja, así que decidí salir de allí y no se como pasó pero en pocos segundos estaba afuera.

Betty estaba dormida, bella como siempre, sin esa tristeza que le cambiaba el rostro. La vi tan linda que no quise despertarla, así que busqué una manta y la cubrí del frío, ella

al sentir que la arropaba abrió los ojos y con una pequeña sonrisa me dijo: *Quédate conmigo, hoy no vayas a trabajar.*

Estábamos en nuestra cama, en nuestra habitación, arropados juntos, quitándonos el frío con nuestros cuerpos, con nuestros besos, con nuestro amor.

Sus besos eran dulces y refrescantes, me llegaban al alma, nos abrazábamos con la fuerza de la pasión fundiendo nuestros cuerpos en la llama del deseo, haciéndolo parecer un solo cuerpo. Nuestros dedos recorrían cada rincón de nuestro ser terminando entrelazados y confundidos por la poca luz de las velas.

Su olor era superior al de las flores, su cabello negro se enredaba en mis labios y en mis dedos. Nos besamos hasta las huellas. Nos juramos amor para siempre, entonces la cama se hizo pequeña y nuestro amor eterno.

Ambos reimos y hablamos tantas cosas, mientras ella permanecía acostada en mi pecho.

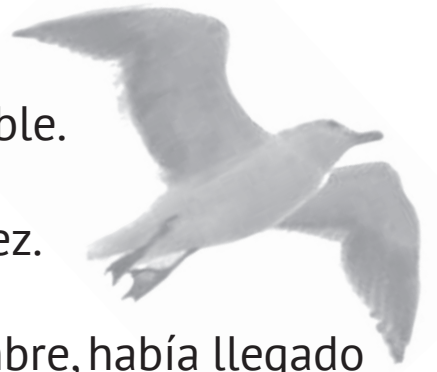
La cama se hacía fría y grande cuando estaba sin ella. Desde la primera vez que la vi me impactaron sus ojos y quedé enamorado para siempre.

Recuerdo la primera vez que me vieron tan de cerca, después de tanto admirarla, soñarla y desearla, estaba allí, muy cerquita de mí, como esperando que la abrazara, sus ojos parecían dos luceros resplandecientes, y por fin estábamos solos, sin nadie que nos interrumpiera.

La acompañé hasta su casa, una vez más le hice mi proposición de noviazgo y al momento de despedirnos, no hicieron falta palabras para expresar lo que sentíamos.

Ella me respondió con un beso inolvidable.

Fue cuando nos besamos por primera vez.



Era hermosa esa noche del 25 de diciembre, había llegado la Navidad para quedarse para siempre, igual que un esperado juguete traído por el Niño Jesús. Así llegó mi Betty, para sacarme de esa vida desordenada de joven rebelde que no tenía planes ni metas.

Desde ese momento abrazados con la fuerza del amor nos sumergíamos en un mar de besos y caricias que nos llenaban de la más hermosa felicidad. Sentíamos lo mismo, parecía que esa noche el tiempo se había detenido para ver cómo nacía un amor que separaría sólo la muerte... y así fue.

Sólo ella y yo sabemos cuánto nos amamos, eso era lo que nos importaba: nuestro amor. Ese amor que floreció en Manuel, Raquel, Jesús y Roberto. Por ese amor hice que mi Betty se desmayara y que tuviera el más puro y dulce de los sueños: el de poder abrazar y besar a mi eterna compañera por última vez.

Después de unas horas inconsciente, Betty despertó de nuevo. Preguntó por sus hijos, los cuatro estaban a su lado, preocupados esperando que despertara. *Menos mal que están todos aquí*, les dijo con voz cansada y una pequeña sonrisa.

Hablé con su padre. El no quiere que sufran tanto por lo que le pasó, quiere que estén bien y que acepten que él sólo está ausente físicamente, pero que su recuerdo y su ejemplo perdurará por siempre con nosotros mientras que lo tengamos en nuestros corazones.



Manuel, Raquel, Jesús y el pequeño Robertico, escuchaban atentamente a su madre cuando de pronto sintieron que una brisa tibia movió las cortinas y se apoderó de la habitación. Automáticamente todos quedaron en silencio, mirándose las caras, simulando con los labios cerrados una pequeña sonrisa.

Luego entró mi compadre Héctor para llevarle a Betty un té caliente. *Compadre, hablé con él, y le está muy agradecido.* Le dijo Betty. Yo también le estoy muy agradecido por su bella amistad. Héctor quería decir otras cosas, pero de pronto abrazó a Betty y se puso a llorar.

Cuando Héctor se enteró de la trágica noticia, no podía creerlo, no aceptaba la pérdida de su compadre y fue por ese motivo que contuvo las lágrimas.

Cuando llegó a la funeraria por primera vez se sentó lejos de la urna, sólo miraba a su alrededor como negando las escenas que allí se veían. No tengo valor para ver a mi compadre allí metido, decía lejos del ataúd, pero luego de unas horas se tomó un brandy y decidió acercarse a mi caja. Le provocó llorar, pero no lo hizo para no empeorar las cosas, pero en ese momento no soportó más y reventó su llanto en los brazos de Betty. *Compadre, no se ponga triste que él está ahora con nosotros.*

Betty consolaba a un amigo que sentí como a un hermano. Entonces él también sintió la brisa tibia que había en la habitación, y dijo: *Es verdad comadre, puedo sentirlo, ¡mi compadre está aquí!*

Luego salieron de aquella habitación más resignados por mi ausencia. Yo había logrado aliviar un poco aquel triste momento.







Yo seguía fuera de la urna, aún no había despertado del bello sueño de estar con mi eterna compañera. Entonces aproveché de pasearme por mi propio velorio.

El Sol se demoraba en salir porque se lo impedían algunas nubes que amenazaban con dejar caer su lluvia. Eran las cuatro y treinta de la madrugada y ya no había tanta gente como anoche.

Robertico dormía en un mueble grande que se encontraba en la habitación. Me sentí muy bien al verlo dormido y medio arropado con una chaqueta que en vida me perteneció, suavemente le di un beso y lo terminé de arropar.

Jesús también estaba durmiendo, noté que tenía en su mano una carta que le escribí cuando era un niño y una foto donde estábamos juntos.

En otra habitación estaba durmiendo Raquel. Me senté a su lado y comencé a acariciarle sus cabellos. Inevitablemente me llenaba de recuerdos. Una noche se me acercó con un cuaderno y unos lápices de colores. *Papá, ¡vamos a dibujar!* Entonces yo trataba de hacer lo que ella me pedía. Betty nos miraba, le gustaba la hermosa relación que teníamos con nuestros hijos y siempre se incorporaba a cualquier juego que armábamos.

Entonces dibujé una casita, mi niña le pintó el techo y las ventanas, Betty pintó las paredes de amarillo.

Raquel tenía en ese entonces cuatro añitos recién cumplidos. Luego de tantos dibujos y de tanto jugar se quedó dormida en mis brazos mientras yo le acariciaba su cabello, igual como lo hago ahora. Sólo que esta vez mi eterna niña tiene 22 años y yo... no volveré a acariciar su cabello.



Seguí caminando, buscando a mi madre, y allí estaba, con su pañuelo en la mano. Con su mirada cansada y perdida, con los recuerdos de su hijo alegre. Traté de sentarme a su lado, y aunque allí estaban mis hermanos, logré hacerlo.

Quería hablar con mi viejita. Entonces mi hermano Pedro le dijo: *Mamá, Ernesto presentía que él era el primero que se iba a ir. Siempre estaba hablándote de la muerte como preparándote para que este momento no fuera tan duro, y fíjate, ahí está, dormido profundamente como cuando llegaba ebrio de cualquier fiesta.* Mi madre lo miró, y recordó con las palabras de Pedro todas las cosas que yo le decía de la muerte.

*Sí, hijo, pero, es que nunca pensé que doliera tanto la muerte de un hijo. Hay que pasar por esta para saberlo y yo no se si aguante!.* Mamá, tienes que entender que la vida continúa, tienes otros hijos que te necesitamos, que nos preocupamos y sufrimos por lo que te pueda pasar, recuerda que Ernesto era muy alegre, cada vez que te veía tan triste y llorando tanto, seguro que también se pone triste como tú.

Mamá miró fijamente los ojos de Pedro y en ellos pudo ver los míos, se dio cuenta que todo lo que Pedro le había dicho se lo estaba diciendo yo, entonces lo besó en la frente y le dijo: *Que Dios te bendiga Ernesto.*

Pedro sintió un frío en su cuerpo y abrazando a mi madre le dijo: *Te das cuenta mamá que Ernesto está aquí, este abrazo es por él, para que tú te sientas mejor.*





Desde aquel momento mi viejita sintió un gran alivio, más resignación y pudo tener más fuerzas para poder soportar la parte más difícil de todo esto:

## ***El momento del entierro***

Me encontraba de nuevo en mi caja. La sentía más natural, me estaba acostumbrando al frío desolador que me arropaba. Era una realidad imposible de negar y debía enfrentarlo con todo el dolor del mundo.

La gente comenzó a llegar, habían nuevas flores. Mi madre y Betty seguían recibiendo pésames, esta vez se sentían más tranquilas. A Betty le hizo muy bien nuestro último momento, ese sueño la llenó de muchas fuerzas y ganas de vivir. De seguir adelante a pesar de todo.

Mi mamá aún tenía la sensación del abrazo que le di a través de mi hermano Pedro. Recordaba cada palabra mía, y al momento de recibir condolencias, con una pequeña y resignada sonrisa, le agradecía a la gente por acompañarla en ese momento tan duro. Eso me tranquilizaba.

Fue así como mi entierro se estaba convirtiendo en algo casi normal y menos doloroso. Sentí que le estaba ganando a la muerte.

El día seguía nublado. Un frío mañanero se apoderaba de todo el sector, la lluvia comenzó a caer. La gente llegaba cubriéndose con paraguas o periódicos. La lluvia no los detenía por estar allí acompañándome en el momento de mi sepultura. Eran los frutos que había sembrado en vida y jamás me imaginé que recibiría tanta solidaridad y cariño cuando tantas veces me sentí tan solo.

Mi compadre Héctor le pidió permiso a mi mamá para colocar sobre mi caja la bandera de mi país: *¡Voy a colocarle una de sus armas de lucha!, yo sé que él la necesita y se sentirá mejor al ver que su urna se vestirá de los colores que lo motivaban a luchar por hacer de su patria un lugar donde existiera la justicia, la paz, la dignidad y el amor.*

Mi mamá le agradeció a Héctor esas palabras tan hermosas y con un apretón de manos le dijo: *Claro, yo sabía que algo le hacía falta a mi hijo, y era eso, yo también sé que él la necesita, él en una oportunidad me pidió permiso para luchar por nuestro país y me dijo que no se quedará de brazos cruzados mirando con apatía cómo la corrupción y la injusticia desangran su tierra, ¡nuestra tierra! Dijo que viviría y moriría por hacer de nuestra Patria un lugar más digno... puedes colocársela donde quieras.*

Al momento de ver aquella bandera en mi caja, sentí un nudo en la garganta. Pensé que mi trabajo había dejado una huella, una semilla que comenzaba a darme los frutos del éxito. Pensaba que la bandera se la colocaban sólo a los patriotas y a los hombres de lucha que construyeron mi país. Me sentía también un patriota, un luchador, un triunfador, un hacedor de patria.

Siempre viví con la esperanza de un mundo mejor, donde nuestros niños pudieran jugar en paz en cualquier parte de las calles, en donde los jóvenes tuvieran la oportunidad de superación para seguir haciendo de nuestra tierra un lugar cada vez mejor, donde nuestros ancianos fueran respetados y considerados. Todo eso y mucho más me lo motivaba esa bandera que ahora me adorna y arropa, me sentía cada vez mejor aunque seguía siendo un momento triste para algunos.



La vida por más que tratemos de entenderla, aún viviendo ochenta o noventa años jamás la podremos vivir o entender. La muerte ha sido lo más seguro que tenemos.

Lo más fácil en la vida es encontrar la muerte en cualquier momento o lugar. La muerte no forma parte de la vida; así de simple, pero nunca la aceptamos ni la entendemos, es simplemente la muerte y eso no lo conoce ni lo cambia nadie. Solo tratamos de enfrentarla cuando se nos para al frente, pero ya es muy tarde. Ella nunca pierde.

La vida es el segundero de un reloj que siempre conduce a cierta hora determinada para todos. Eso es indetenible y cuando ese momento llega no se puede hacer nada.

La muerte no es para vivirla, es para morir, desaparecer y dejar la vida. Yo que ahora estoy aquí no termino de entender qué es, simplemente trato de adaptarme igual como traté de aceptar estar vivo. Pero es duro, muy duro cuando se ama tanto lo que dejamos. Siento que los dejo solos, que no estaré más para cuidarlos aunque me conviertan en lo que sea. No estaré más nunca en esta tierra, me iré para siempre. Suena tan simple pero el tiempo será quien ayudará a entrar en razón a quienes llorarán mi ausencia.







## ***Se acercaba la hora de llevarme al cementerio***

Me encontraba impresionado de ver tanta gente a mi alrededor. Gente que en mi vida había visto, iban simplemente a ver cómo sepultaban a un hombre, ¡y llevaban en sus manos flores! ¡llevaban a sus niños, y hasta lloraban!

- *Disculpe, señora Betty, pero llegó la hora de sacarlo.* Le dijo alguien mientras le pedía permiso para cerrar la ventanilla de mi caja. *Esperen un momento, para que lo vean sus hijos por última vez.* Entonces me rodearon mis hijos y mi esposa de la misma manera que lo hacían cuando yo cumplía años o cuando yo estaba en problemas. Siempre fuimos una familia muy unida y por esa razón nos olvidamos por completo de lo único que nos pudo separar: la muerte.

Betty acariciaba suavemente el cristal que nos separaba para siempre. Secaba las lágrimas que bajaban por sus mejillas en total silencio. Me dijo con suave voz: *Bueno mi amor, ya te me vas, sé que no me dejas sola, sé que estarás conmigo siempre, pero me parece injusto que no me lleves contigo para seguir amándonos. Yo sé que tengo que seguir adelante por nuestros hijos, por eso te pido fuerzas para poder vivir sin ti, ¡qué Dios te bendiga Ernesto!, para que así tú puedas bendecir a nuestros hijos desde el cielo. ¡Espérame amor mío, espérame que muy pronto estaremos de nuevo juntos y será en esa otra vida que continuemos amándonos para siempre. Te amo!*

Mi hija Raquel no pudo soportar aquellas palabras y se echó a llorar desesperadamente, Manuel también reventó su llanto, *¡Papá!, ¿por qué, papá?, ¡por favor papá no te vayas!*

Todos querían verme por última vez, hacían lo posible para desahogarse abrazando la urna, algunos se conformaban sólo con tocarla o con llorar en un rincón. Mi hijo Jesús también se aferró a la urna llorando desconsoladamente.

Fue como una reacción en cadena, todos comenzaron a lamentar el momento de sacarme de aquel lugar que se convirtió en el más frío y triste del mundo. Todo era llanto, dolor y tristeza, yo no encontraba adónde mirar, todos estaban consolándose mutuamente como una gran familia y yo sin poder hacer nada. Quería que este momento se terminara de una vez.

Los encargados de la funeraria tenían que hacer su trabajo. Uno de ellos pidió que se calmaran y mandó a desalojar el lugar, luego se acercó a mí y con frialdad cerró la ventanilla de la urna. Todo se puso oscuro, como una noche sin estrellas, entonces alguien dijo: Espera un momento que su madre lo quiere ver.

Se acercó mi dulce viejita y con lágrimas en los ojos, resignada, me dio la bendición. Me calmó mucho verla tranquila y es que mi mayor preocupación era verla sufrir.

Mi papá estaba con ella, la abrazaba mirando cómo se despedía de su hijo, él se quedó callado, sólo lloraba. Lucían como mirando a su bebé en la cuna, pero sus rostros estaban destrozados. Mis padres eran los últimos en verme, y también fueron los primeros al momento de nacer.

Se acercó de nuevo el hombre de la funeraria y cerró la tapa de mi caja. Todo quedó en absoluto silencio. No entraba ni una migaja de luz por las ranuras. Apreté mis ojos y puños y me resigné a perder para siempre mi propia vida.





Por el camino hacia el cementerio caí en un profundo sueño. Sentía las lágrimas bajar, me dolía dejar todo aquello, pero sabía que no podía hacer nada, así que lo único que pude hacer era llorar.

Ya en el cementerio la gente había rodeado el lugar en donde bajarían mi caja. Mamá y papá estaban juntos, a su lado todos mis hermanos. Betty lucía resignada a ese último adiós, Raquel descansaba en el hombro de su hermano Manuel, mi pequeño Robertico miraba al lado de su tío Pedro todo aquello que le parecía tan extraño, se veía lindo con esa flor en su manita. Jesús tenía la bandera apretada fuertemente. Se mantenían unidos como siempre.

Héctor estaba con su esposa y sus hijos muy cerca de Betty, mis compañeros de trabajo también estaban allí, todos en un absoluto silencio, sólo se escuchaban murmullos, lamentos y suspiros de resignación, estaban esperando al cura que cumpliría una vez más con el ritual acostumbrado de esos momentos y decir las palabras para el sepelio. Uno se da cuenta de tantas cosas que se pudieron haber hecho o dicho sólo en estos momentos.

Lo que se planifica y no se hace realidad son cosas que pudieron ser y hoy no son simplemente porque no las hicimos, es tan sencillo, pero nos damos cuenta cuando es demasiado tarde y cuando ya ha pasado el tiempo que nos había brindado la vida. La vida que hoy se despide de este cuerpo. Cuerpo que quizá se va cansado de tanto andar.

A lo lejos se acercaba el sacerdote, atravesando con poca habilidad la gran cantidad de tumbas que se encontraba en el camino. Me parecía extraño verlo pues muy poco creo yo en sacerdotes y religiones. Se colocó al lado de mi madre, la miró y le dio unas palmadas de aliento.





La mirada de aquel hombre se paseaba por todas las caras del lugar y luego la fijó en su Biblia abierta y comenzó sus palabras.

*- Rogemos por el eterno descanso de nuestro hermano Ernesto... oremos...*

Al momento de echarme el agua bendita sentí un alivio enorme, sentí como si mis pecados me fueran perdonados, aunque quizá no era así, pero realmente me sentí aliviado. No se si era agua, si era bendita, fue mi propia fe.

El Cura terminó sus oraciones por el descanso de mi alma y se marchó.

Todos permanecían en absoluto silencio, sentía una especie de calambre por todas partes. Mi cuerpo se dormía, comencé a sentir sueño, pero un sueño extraño. Era como estar cansado y no querer dormir. Sentí de nuevo miedo y no veía la razón para tal sentimiento.

Poco a poco se fue desvaneciendo la luz, como el Sol cuando se oculta en el horizonte para darle paso a la Luna y a las penumbras de la noche. Se cubría mi espacio con esa extraña oscuridad.

Me hice de nuevo la pregunta: *¿Por qué yo?* No encontré respuesta satisfactoria para tan terrible realidad... me quedé tranquilo. Todo estaba absolutamente oscuro.





Trataba de vencer el miedo, pero al escuchar cómo caía la tierra que me sembraba para siempre quería gritar que se detuvieran, que quería vivir. Quería salir de allí, pero no pude. Intenté levantarme pero justo en ese momento un fuerte impacto de luz me dejó sin vista.

Creo que ahí me quedé dormido eternamente.

Me llevo las cosas que dejé de hacer, las ganas de seguir amando y ser amado. Los sueños, las esperanzas las metas y proyectos. Los te amo, los te quiero, los abrazos y las palabras. Ya no estaré para escucharlas ni sentir.

No estaré mas... eternamente me voy. No verás mas mis ojos, ni sentirás mis manos. Mi sonrisa se ha perdido en las oscuras nubes de tempestad. Me he convertido en recuerdo fugaz, en polvo, en nada. En una foto que se borrará con el tiempo.

La vida sigue. Tú sonreirás de nuevo en este mundo que te sigue perteneciendo y el cual debes disfrutar al máximo.



## ***Ha pasado algún tiempo de aquel 20 de julio***

Las flores sobre mi tumba se han marchitado. Las lágrimas ausentes por completo. El calor que da el olvido había hecho desaparecer el frío de aquel lugar. Ya yo no estaba en ese cementerio.

El furor que da una sociedad que invita a seguir adelante era inevitable. Las cristalinas aguas regresaban a su cauce y los imponentes árboles daban su sombra diciendo que ni ellos mismos eran inmortales.

El Sol se iba ocultando lentamente, manifestando que tampoco duraría para siempre. El cielo enrojecido decía en silencio que otro día estaba por terminar.

Fue así como entendí que ni la muerte misma era eterna, que si nos gusta vivir, también debemos aceptar que la muerte es lo más seguro y cercano que tenemos.

Entendí que algún día volvería a nacer...  
para morir nuevamente.

***Omar Cruz***

